

H EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITORA, S. L. U.
 Presidenta Editora: Pilar de Yarza Mompeón
 Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón
 Director General: José Manuel Lozano Orús

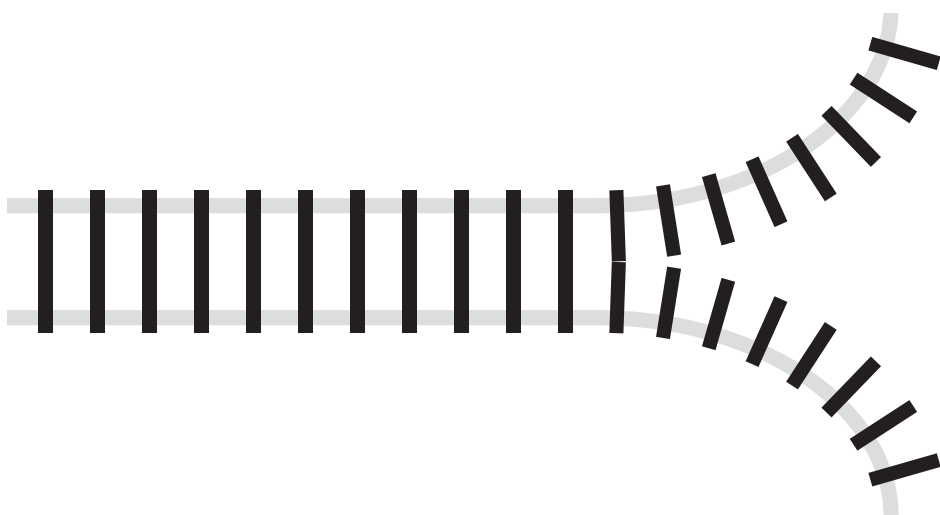
Director: Miguel Iturbe Mach
 Subdirectores: Encarna Samitier (Opinión), Ángel Gorri (Información). Redactores Jefe: Enrique Mored (Aragón), Santiago Mendive. Jefe de Política: José Luis Valero. España,

Mundo y Economía: José Javier Rueda. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura: Santiago Paniagua. Internet: Esperanza Pamplona. Cierre: Mariano Gállego.

Gerente: José Andrés Nalda Mejino
 Comercializa: Metha. Gestión & Medios, S. L.
 Imprime: Impresa Norte, S. L.
 Distribuye: DASA. Distribuidora de Aragón, S. L.

LA FIRMA | Un cambio en la actitud de los ciudadanos es indispensable para que mejore la situación política y económica de nuestro país. Para empezar podemos dejar de justificar la corrupción y el derroche de recursos
 Por Ana Isabel Elduque

La felicidad no viaja en ferrocarril



SIC

HACE no demasiadas fechas publiqué en este mismo espacio un artículo ('La paz de la penuria', 16 de enero, pág. 21) en el que proponía que es necesario que los ciudadanos comencemos a andar por nosotros mismos e instemos la construcción de nuevas alternativas para, al menos, buscar soluciones mucho menos dolorosas a la crisis.

Algunos bienintencionados conocidos me dejaron ver bien que no solo hay que reconocer esta necesidad. También es importante comenzar a sugerir propuestas. Y este es el objeto de estas líneas.

En primer lugar, quiero señalar que, de una forma irreflexiva y arriesgadamente irresponsable estamos aceptando la partición del país en la peligrosa dicotomía que nos ha acompañado a lo largo de la historia: nosotros y ellos. Aceptamos situaciones absolutamente intolerables de corrupción e ineficacia a personajes que no muestran el más mínimo respeto por los ciudadanos, simplemente justificándolos porque son 'de los nuestros'. Que esto ocurra entre los dirigentes de las organizaciones sociales, en sentido amplio, es poco edificante pero comprensible. Lo que no llego a entender es por qué ocurre también entre los ciudadanos de a pie. ¿Qué se gana defendiendo a un corrupto del partido al que se votó? ¿Qué más prueba de desprecio se necesita por parte de esos mismos en los que una vez depositamos nuestra confianza? Si los ciudadanos no somos capaces de discernir esto, siempre estaremos en manos de aquellos que nos puedan manipular y engañar, que es lo que da réditos.

Otra cuestión también importante es que no solo debemos abandonar a aquellos que embaucan a sus conciudadanos. También debemos impedir el éxito de cualquier acti-

vidad económica con carácter lucrativo que emprendan. Solo quiero recordar que todos los ciudadanos, hasta los que no han alcanzado la mayoría de edad y los que tienen sus facultades mentales mermadas, somos consumidores. Si abogamos por la economía de mercado, ¿qué mejor que no fomentar sus negocios? Nos pueden recomendar que las condiciones laborales sean las de países del tercer mundo, pero no nos pueden obligar a comprar en sus establecimientos o a consumir sus productos. Si hay libre mercado, reivindicemos la libertad de elección allí donde todavía es posible. Y donde no exista, exijámosla.

Otra actividad muy recomendable para la ciudadanía es dejar de pensar que existen cuestiones que supondrían la salvación casi inmediata. La continua construcción de infraestructuras es una de ellas. Hemos vivido una época donde todas las ciudades debían estar interconectadas por medio de una red de comunicaciones tal que no había parangón en el mundo. De las infraestructuras culturales se afirmaba lo mismo, en un país donde los aficionados a la ópera y al ballet, por ejemplo, siguen siendo muy minoritarios. Y todas estas obras debían estar diseñadas por gabinetes del máximo prestigio mundial. Eso, al parecer, ya pasó, pero la creencia de que la infraes-

tructura implica actividad en sí misma no. El continente suponía contenido. Ahora se reivindican otras obras, desde líneas férreas, hasta centros de investigación, pasando por instalaciones deportivas. ¿Con qué las vamos a llenar? Con lo mismo que se llenaron determinadas líneas de AVE, autopistas y aeropuertos. ¿Con qué vamos a pagar su mantenimiento? Con lo mismo que se pagan las anteriores, con deuda que al final recae en los ciudadanos. Dejemos de pensar que una infraestructura es parte de la solución. La felicidad no viaja en ferrocarril.

Podríamos seguir enumerando más pequeñas acciones cotidianas que nos permitirían reducir el nivel de corrupción del país, a la vez que elevábamos nuestra conciencia ciudadana. Pero para finalizar prefiero proponer al lector un sencillo ejercicio. Tome una calculadora y vuelva a leer el artículo. Cada vez que encuentre algo, sume lo que le cuesta y continúe así hasta el final. Si esto le supone alguna distracción en la lectura o no le parece interesante, le puedo decir que la suma que obtendría es un cero redondo. No nos costaría nada comenzar a aplicar, en nuestra vida cotidiana, medidas de mejora de la convivencia. Si acaso, nos ahorraríamos dinero evitando que los corruptos se aprovecharan de la actividad pública. El sobrecoste sistemático de la misma está muy correlacionado con su beneficio. Y lograríamos que muchos de los incapaces que gobiernan determinadas instituciones dejaran de vender humo a la ciudadanía con proyectos que, bien analizados, no se sostienen ni en su fase de estudio sobre el papel.

Ana Isabel Elduque es decana de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza

«Ahora se reivindican otras obras, desde líneas férreas, hasta centros de investigación. ¿Con qué vamos a pagar su mantenimiento?»

HOY, MIÉRCOLES 12

Encarna Samitier

UN PROBLEMA MORAL

LOS diputados votaron ayer en secreto en el Congreso si apoyaban o rechazaban la proposición del PSOE contra el proyecto de ley del PP que hace más restrictiva la ley del aborto de Zapatero. El del aborto es un asunto que excede la disciplina de voto, un 'problema moral', en palabras del filósofo Fernando Savater, al que ninguna ley da solución satisfactoria. Hasta ahora, cada vez que en España se ha debatido una normativa para afrontar el conflicto que se produce en casos de embarazo indeseado, entre la mujer y el ser que va a nacer, ha existido un consenso en la necesidad de una legislación, pero también en plantear el aborto como un último recurso, como una decisión traumática. La controversia está ahora entre considerar el aborto como un acto despenalizado en ciertos supuestos, como pasó con la ley de González, o como un derecho, cambio que introdujo la ley Zapatero. Los matices son engorrosos y quizás sean malos tiempos para subrayar el fracaso que supone la interrupción de una vida en formación, o para recordar, especialmente a los jóvenes, la responsabilidad personal, de mujeres y de hombres, previa a un embarazo. Pero la liza política debería dejar espacio para el debate ético.

CON DNI

Cristina Delgado

Dudas y certezas

UN informe publicado la semana pasada en la prestigiosa 'Journal of Neuroscience' demuestra que todos los recuerdos son falsos. Bueno, no dice exactamente eso, pero casi. El estudio afirma que la mente combina las experiencias pasadas y las vivencias recientes para actualizar los recuerdos. De este modo, la memoria se rehace día a día, y, aunque no seamos conscientes de ello, recordamos las situaciones de forma muy diferente a como sucedieron en realidad.

Ese cambio es continuo, por lo que el recuerdo de un mismo momento puede ser distinto en cada etapa de nuestra vida.

Según los investigadores, el objetivo de nuestra mente es ayudarnos a sobrevivir y a resolver los problemas, así que reedita y cambia la información almacenada para actualizarla según las circunstancias. Aunque resulte raro y un poco difícil de entender, este mecanismo nos beneficia.

Supongo, además, que el hallazgo ayudará a los cientí-

ficos a entender mejor el funcionamiento del cerebro e incluso aportará pistas para luchar contra las enfermedades que afectan a la memoria.

Pero, más allá de su importancia para el avance de las neurociencias, a mí la información me resulta reconfortante. Y pienso en las personas mayores que hay a mi alrededor, como mi madre, casi octogenaria. Ahora, cuando se olvide de algo que le acabo de decir, pensaré en este estudio, y en lugar de enfadarme y decirle eso de «ay, mamá, si es que no te enteras», sonreiré, porque quizá el cerebro de mi madre está olvidando esas pequeñas cosas para dedicar toda su energía a otras más importantes. Y si recuerda del revés mis recados, puede que sea porque su mente prefiere acordarse de los cuentos que les cuenta a sus nietos.

Me gusta pensar, además, que con este trabajo los investigadores dejan sin argumentos a toda esa gente que tiene las cosas muy claras y cree que la razón está siempre de su parte. Eso piensan ellos, pero ahora sabemos que la mente les engaña y que sus verdades inamovibles tienen unos cimientos bastante inestables. Porque, quién lo iba a decir, la ciencia se ha puesto del lado de los despistados y nos ha demostrado que aciertan quienes pasan su vida con más dudas que certezas.